

ROPA LIMPIA

Maria Sergia (Guiral) Steen

Generalmente era yo quien llevaba la ropa a mi padre. Mi madre preparaba un saco blanco: un almohadón vulgar y corriente donde ponía mudas limpias. Después, me recordaba las instrucciones de siempre: subir al tranvía con cuidado, hacer fila, decir que era para... y al llegar a la reja final mirar con discreción, por si acaso estuviera por allí mi padre, cerca, pero al otro lado. Quizá estuviera silencioso, pretendiendo hacer algún trabajillo, esperando. Y de esta manera cruzarnos sonrisas, miradas, y cariños de ojos que tanto extrañaba. A la vuelta le podía contar a mi madre la hazaña.

Después de salir, caminaba al tranvía de la Plaza de España. Creo que valía una perra gorda. Luego, allá, en San Antonio, ya detrás del puente, tomaba el del cementerio. Este solamente costaba una perra chica. Y era en el corto trayecto donde la gente me miraba más por la pequeñez de mi edad, el bulto de ropa, y sobre todo, el rótulo que llevaba atado, indicando el nombre del preso; acusaba. Aquellos ojos que me miraban sabían, y yo también, lo que la etiqueta de madera indicaba: "Tiene un preso en la cárcel." La mirada de la gente denotaba aprensión, o vergüenza que yo debería registrar en mi cara o tal vez lástima. El miedo a poderse contagiar de algún virus que los portadores de sacos llevaran consigo, les podía más que la caridad; por eso, no decían nada.

Por mi parte, yo, me sentía muy fuerte; sabía que mi padre era bueno y los ojos de la gente no me intimidaban; aunque, sí, me achicaban. Querían leer en mi cara y en el bulto de ropa, "de quién era" y "por qué..." Querían penetrar en algo de lo cual yo ni siquiera tenía conciencia: su encarcelamiento.

El tranvía, caja hermética, lenta y torpe, era siempre el testigo de arribas y abajos. Antes del final del trayecto, en la cárcel, la gente con bultos bajaba. Todos hacíamos el mismo viaje y llevábamos el mismo equipaje: sacos atados, con rótulos de madera especiales, denunciando la misión que allí nos llevaba.

Ya en la fila, en la puerta de entrada, solía quedarme medio oculta entre los cuerpos que avanzaban a la ventanilla, a la cual casi nunca alcanzaba; decían el nombre, entregaban el saco, y luego esperaban por la ropa sucia. No sé con que frecuencia iba, quizá una vez por semana; solo sé que casi siempre era yo quien subía con la ropa a entregarla.

En la segunda puerta, antes de llegar a la que separaba visitantes de presos, había una ventana enrejada. Hacia allí alzaba la vista y, con suerte, veía a mi padre: limpiaba. Si no aparecía, terminado el intercambio de ropa, me iba a los pabellones de las monjas. Las hermanas en cuanto me veían, me sacaban azúcar, aceite, arroz y patatas que luego ponía en mi bolsa. Si al salir alguien preguntaba, ya sabía: "Un recado que me dio la priora para..."

Aparte de llevarle a mi madre viandas, la razón secreta de pasar al pabellón de las monjas era, para mí, tratar de ver a mi padre. Por sus privilegios, las hermanas se las arreglaban para traerlo de su lugar designado a la residencia. Mi recompensa a una larga espera era poderlo abrazar. Venía cargado con algo, no sé qué. Sólo sé que me tomaba en sus brazos, me apretaba contra el pecho... y me daba besos y más besos.

— Hija, ¿ Qué pasa en casa?—decía—. Tu madre, ¿qué hace? Tus hermanos... ¡Dime algo de ellos! Al pequeño lo vi la semana pasada. Sabrás que le mandé una carta a tu madre. Le decía que os vi en un sueño que tuve, para así no levantar sospechas de que en realidad os había estado contemplando en la fila de entregar la ropa.

— Sí.

Recordaba al hombre que desde la ventana, risueño, se mordía la lengua de gusto, mientras pretendía andar ocupado. La misma sonrisa que veo cuando cierro los ojos, ¡tan grata!

De vuelta hacia casa, después de burlar suavemente a la Guardia Civil, centinela celosa de entradas y salidas, mi madre sacaba el botín y hacíamos fiesta. En aquel entonces había racionamiento de alimentos básicos, pero yo, nunca dejé de tener azúcar, aceite y patatas. Mi padre desde su cobijo, nos soñaba feliz, sonriendo, al tiempo que pensaba en mi madre, en la leche dulce que yo disfrutaba, y en los purés de patatas rociados de aceite y no sebo como el resto de la gente tenía que usar cuando la

ración se acababa.

A la semana siguiente escuchaba otra vez: "Hija, que le tienes que subir la ropa a tu padre. Mañana el abuelo te llevará la lata de aceite a la escuela. Te sales temprano y ya sabes..." __.

¡Tenía solamente ocho años!

Prof. María Sergia (Guiral) Steen <msteen@uccs.edu>

LAS/Depart of Languages and Cultures. Dwire Hall 247D

Austin Bluffs Parkway-UCCS, Colorado Springs, CO.80918

